

*Reseña*

**Pierre Rosanvallon**

# El siglo del populismo: historia, teoría, crítica

Primera edición. Buenos Aires: Manantial, 2020. 283 páginas. ISBN 978-987-500-231-9.  
Trad.: Irene Agoff.

**Reseña de Gabriel Díaz Zolorzalo**  
Universidad de Buenos Aires

Pierre Rosanvallon es historiador, economista y político; profuso autor y uno de los pensadores más influyentes de nuestra época. En *El siglo del populismo* se aboca de lleno a explicar este fenómeno en tres etapas. Primero describe el esqueleto y las características definitorias. En segundo término, repasa ágilmente los casos plenos y, finalmente, concluye con un juicio crítico del populismo. En ese sentido, ve con preocupación el estado actual de las cosas y adelanta algunas enmiendas para fortalecer la democracia.

Teorizar sobre el populismo siempre fue cuestión espinosa. El nivel de indeterminación conceptual ha conducido a capturar vagamente el fenómeno. Dados sus múltiples significados, esta palabra de goma es una “nube venenosa” que contamina y oscurece en lugar de echar luz. Esto, tal vez, porque el populismo no tuvo una obra seminal ni un exponente que permita su comprensión como ideología -la más importante de este siglo-. Ello hasta la publicación de este libro, dice Rosanvallon.

El populismo es, en esencia, parte de la larga experiencia democrática de la humanidad (pág. 151) y no debe ser atendido como un problema, sino más bien como un intento de respuesta a los conflictos actuales. A pesar de haber sido tratado

peyorativamente, deriva de lo que funda positivamente la vida democrática. Este sesgo ha llevado a interpretaciones ineficientes, sea por analizarlo solo por sus causas -y no su naturaleza- o solo en su dimensión protestataria. Al reducirlo, ninguno apuntó a lo esencial: su núcleo invariante y las reglas de diferenciación de los casos particulares.

La primera parte del libro desarrolla la anatomía del fenómeno, describiendo las cinco categorías que permiten identificar válidamente un caso. Para Rosanvallon, en una mediación populista encontraremos, primeramente, una división social entre un pueblo -figura central de la democracia- y su imagen invertida: un antipueblo. Se construye una dicotomía entre un “ellos” y un “nosotros” analizada en la tensión entre un *pueblo-cuerpo ávico* (expresión de unidad y generalidad política) y un *pueblo-cuerpo social* (una parte específica de la población). Gracias a los aportes de Laclau y Mouffe, esta división no es construida en términos de clase sino como pueblo contra la “casta”; “oligarquía”; “élite” o “sistema” donde se activan relaciones amigo/enemigo. El concepto “pueblo”, en su indeterminación, “se muestra abierto a la vida sensible y concreta de cada uno” (p. 37). Connota una forma colectiva que, en una sociedad de individuos, acoge a cada una de las singularidades. Habiendo delimitado al pueblo, se promueve la reparación del daño hecho contra este mediante el desahucio de sus enemigos.

Segundo, el populismo se distingue por una praxis de pretendida revitalización democrática apoyada en tres elementos: una clara preferencia por la democracia directa, que busca ser realizada mediante el uso recurrente del referéndum; una visión hiper electoralista que rechaza las instituciones intermedias y cargos no electivos, enalteciendo a la elección como el único medio de expresión democrática y, finalmente, una concepción inmediata y espontánea de la voluntad popular como forma acabada de democracia. En ese último sentido, el *pueblo-Uno* es la voluntad general, un conjunto coherente y virtuoso no corrompido por intereses particulares ni el dinero. De las perturbaciones a esa voluntad general, desde el punto de vista populista, motiva la fuerte retórica contra los medios de comunicación.

En tercer lugar se distingue este fenómeno por la presencia de un líder, un “hombre-pueblo”, con la capacidad de reverdecer los vasos comunicantes, revertir la atrofia representativa y reparar los daños cometidos contra el pueblo. El arquetipo que este desplegará para su cometido son los *movimientos*, una organización política distinta al partido que aspira a reunir a toda la sociedad y no sólo una pequeña extracción. No obstante esta innovación organizacional, muy común en América Latina, el *puro órgano del pueblo* es el líder. No es un mero representante sino el artífice de dar rostro y forma al pueblo hasta confundirse con este y concebirse como “el pueblo soy yo” (por ejemplo Hugo Chávez, Evo Morales, Jean-Luc Mélenchon y Donald Trump).

Cuarto, el ADN de la ideología populista lleva codificado el “nacional-proteccionismo” en su estructura. Esto implica una feroz crítica a la globalización pero no sólo en términos económicos sino también en una dimensión más vasta que incluye una fuerte concepción

de la soberanía y la decisión política, denunciando que se han cedido facultades a poderes anónimos y ajenos a la realidad del pueblo. Se ha expropiado a este de su capacidad de decidir sobre su destino. Esto se manifiesta con claridad en los populismos europeos y en su enardecida retórica contra la UE. Asimismo, el proteccionismo populista propone una reafirmación radical de la seguridad y la soberanía de su territorio, como lo demuestra el levantamiento de muros y el endurecimiento de las fronteras. Finalmente, implica una filosofía de la igualdad que polariza entre el 1% y el 99% restante en materia de igualdad distributiva, al tiempo que soslaya las diferencias dentro del 99%. Confunde, entonces, la noción de igualdad con la inclusión en un todo homogéneo.

La última categoría del populismo refiere a la movilización de un conjunto de emociones y pasiones. Estas sirven de base para la proliferación de teorías conspirativas; *fake news* y, principalmente, como motores para la acción, siendo el expulsionismo (¡Que se vayan todos!) uno de los ejemplos claros. El autor asegura que la ira y el miedo son los motores afectivos que producen adhesión al populismo. Así, el mecanismo se inicia cuando este provee herramientas para la venganza y denuncia de las visiones consensuales, criticadas por ser el resultado de la ideología antipueblo.

Estas categorías constituyen un tipo ideal que configura el fenómeno populista. Permiten delimitar e identificar válidamente un caso, generalmente dentro de la familia de los tipos democráticos. En ese sentido, el autor introduce al populismo como un subtipo de las tres formas límite de la democracia bajo la figura de “democracia polarizada”, junto con las democracias minimalistas y las democracias esencialistas. Asimismo, dentro de las democracias polarizadas se pueden encontrar tanto movimientos como regímenes populistas, siendo estos últimos los que superan o exacerban los cinco elementos centrales de la cultura política.

En la segunda parte, Rosanvallon repasa históricamente y busca aquellos movimientos y regímenes que reunieron las características presentadas, encontrando tres contextos. En el primer caso, el cesarismo moderno de Luis Napoleón destaca por canalizar la expresión popular por medio del referéndum -ofreciendo una política de cercanía-; la encarnación del pueblo en el líder y un desprecio total por las instituciones intermedias -prensa, partidos y tribunales- que obstaculizan el vínculo directo. El segundo momento transcurre entre 1890 y 1914 y marca una doble inflexión que genera un caldo de cultivo para el populismo. Por un lado, en cuanto al orden político, es la primera crisis del modelo democrático y por otro, en lo económico, se produjo el *shock* de la “primera globalización” que resultó en una ola reaccionaria de xenofobia y proteccionismo.

La democracia estadounidense, previamente a la reforma civil y bajo el control del *boss*, estuvo signada por críticas a los partidos, acusados de abortar su función representativa y sólo repartir prebendas. En ese contexto surgió en 1892 el People's Party, pero sin alcance nacional fue reducido por las reformas y fagocitado por los dos grandes partidos. El populismo

volvería más tarde, geográficamente concentrado en Alabama, con el racismo de George Wallace. En tanto que el caso francés hace referencia al ascenso del general Boulanger con un discurso antiparlamentario, xenófobo, nacionalista y antisemita hacia 1899.

En tercer término, el autor identifica las experiencias en un continente clave para entender el fenómeno. En América Latina destacan populistas de la vieja y de la nueva escuela, identificando como pioneros a Jorge Eliécer de Gatán en Colombia y Juan Domingo Perón en la Argentina –que nunca fueron denominados “populistas” en su tiempo–. Por otro lado, a Hugo Chávez en Venezuela, Evo Morales en Bolivia y Rafael Correa en Ecuador como la nueva generación. Los casos surgen en períodos donde era apremiante la demanda de integración política y de mejora de las condiciones materiales de las personas. La dificultad del régimen anterior para resolver esas demandas habilitó la aparición de las experiencias y solo perduraron los que tuvieron bonanza económica. Todos rechazaron las categorías clasistas; un líder promovió un vínculo directo con el constructo pueblo; se soslayaron las instituciones intermedias; realzaron la democracia mayoritaria sustentada en las urnas y varios ensayaron reformas constitucionales y pretendieron reelegirse indefinidamente para consolidar el cambio.

El libro de Rosanvallon esgrime una serie de críticas sobre el populismo. Primero, que este exagera la legitimación en las urnas al atribuirse la representación del pueblo–Uno, cuando el gobierno, en realidad, no es producto de la unanimidad sino el resultado de una operación aritmética. El poder no puede sostenerse exclusivamente en el predominio electoral ni la voluntad general puede deducirse directamente de una mayoría circunstancial. En relación con lo anterior, idealiza el referéndum como la herramienta por excelencia para construir una democracia inmediata, sin mediaciones. Sin embargo, este no disminuye las frustraciones ni ansiedades de la ciudadanía; peor aún, su uso irreflexivo exalta las expectativas sin poder responderlas. En ese sentido, resulta problemática la traducción de una elección binaria en un paquete de políticas concretas. Generalmente la consulta sobre una medida nada dice sobre cómo se aplicará, por ejemplo el *Brexit*. Además, hace difusa la responsabilidad sobre las consecuencias de la decisión tomada (tampoco está sometido a control de constitucionalidad); obtura la deliberación y la posibilidad de opciones intermedias. El uso recurrente del referéndum lo banaliza y termina por absolutizar el hecho mayoritario.

Segundo, el populismo es criticado por sobresimplificar la realidad, desconociendo que no es homogenizable el 99% del pueblo y, ni siquiera, el 1% restante. Hace bien en abandonar la categoría clasista pero comete el mismo error de interpretar en forma binaria la sociedad, entre pueblo y antipueblo. Esto lo arrastra a una comprensión empobrecida de las tensiones, divisiones y solidaridades en contextos de alta hibridación social como los actuales. Aparecieron múltiples nuevas fracturas más allá del capital o el ingreso, implicando también elementos del mundo de lo sensible: sentirse olvidado, menospreciado, de no importar en absoluto para la sociedad (pág. 235). Tercero, el populismo

menosprecia la importancia de las instituciones “con efectos” liberales, que también sirven para posibilitar el coro de todas las voces. Son andamios plenamente democráticos que participan, indirectamente, en la implementación de una soberanía colectiva.

Cuarto, advierte que las democracias polarizadas pueden degradar en *democraduras* si se avanza hacia una filosofía y política de irreversibilidad –vía reformas constitucionales y reelecciones indefinidas–, si se instala una dinámica de polarización institucional –concentrando en el Ejecutivo funciones de otros poderes y medios de comunicación– y si se persigue una radicalización política –distorsionando la barrera entre hechos y opiniones bajo la bandera de una politización general y extrema–.

Rosanvallon no repara en su obra que ya han habido otras contribuciones similares sobre la naturaleza del populismo. Su libro no se inserta sobre el vacío y, en ese sentido, la academia adolece aún más por la gran proliferación de fórmulas conceptuales alternativas que redundan en una mayor confusión (Collier y Levitsky, 1998). Así, el autor puede estar socavando su propio esfuerzo por arrojar más luz. Por otro lado, no dedica espacio a mencionar ninguna fortaleza o acierto que puedan haber tenido los populismos, especialmente los que gobernaron, por lo que su crítica tiene un acento un tanto peyorativo. No obstante, no se analiza al populismo con fobia. Su abordaje resulta edificante y destaca los puntos fuertes de sus preocupaciones.

El autor reconoce que aún queda trabajo por hacer y ya piensa una propuesta para superar el subtipo de democracia populista. Anticipa que es necesario construir una democracia multiplicada en lugar de una polarizada, donde el uso del referéndum sea preciso y circunscripto mientras se rutinizan la iniciativa popular. Así, se instalan órdenes del día en la agenda al tiempo que se permite la deliberación, se habilitan los canales para el consenso y se posibilitan terceras alternativas. En conjunción, lo que se necesita para superar el actual desencanto democrático es una democracia más permanente que organice el *ojo del pueblo* como mecanismo de control y atención constantes sobre los representantes.